

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## RECETAS

La enferma está muy malita, casi agonizante. Hay junta de médicos. Los facultativos, ¡qué portentoso!, se hallan conformes en el diagnóstico. Es necesario, es urgentísimo restaurar las fuerzas de la paciente si ha de tener las bastantes para resistir la tremenda crisis. Se pasa á tratar del tratamiento. Y al llegar á este punto, cada uno de los doctores emite su dictamen. He aquí unos cuantos para muestra:

**Un sagastino.**—Dejémonos estar. ¿Qué adelantariamos con un cambio? Mudar de postura es sólo mudar de dolor. Más vale lo malo conocido... Sagasta es la astucia, es la penetración, es la experiencia. Sagasta nos conoce más que nosotros mismos nos conocemos. A la sombra de su paternal cayado, la enferma se irá reponiendo. Su previsión, su energía, su amor á la libertad...

**Un moretista.**—No hay sino D. Segis. ¡He ahí un estadista! El nos hizo pagar la indemnización Mora; él dió la autonomía ¡tan á tiempo!; él se opuso á la guerra, con su habitual energía, previendo el desastre. Jubilemos al viejo pastor y elevemos á D. Segis sobre el pavés del liberalismo dinástico. ¡D. Segis for ever!

**Un gamacista.**—Hundido Sagasta bajo la mole de sus fracasos, sólo D. Germán puede ponerse al frente de las huestes fusionistas. D. Germán realizará la regeneración de la patria por el lado de los cereales. D. Germán nos hará aprovechar hasta el rastrojo. D. Germán es un hombre serio como la ocasión y grave como las circunstancias. D. Germán será el salvador de España. Y si no, que lo diga Maura.

**Un canalejista.**—Pepe Canalejas es la inteligencia. Pepe Canalejas es la juventud. Pepe Canalejas es la renovación. Pepe Canalejas es la esperanza. Independiente de todos los partidos, no le alcanza la responsabilidad de ninguno. Fué á Cuba á estudiar aquéllo, y sus estudios nos serán muy útiles ahora que hemos perdido Cuba. Inspira á un periódico muy popular, desde el cual defiende un democratismo *sui generis*. Está bien con los obispos y no mal con los militares. Si España quiere regenerarse, necesita volver los ojos á Pepe Canalejas.

**Un silvestista.**—Primero, sentido jurídico; después, selección moralizadora; más tarde, liquidación forzosa: ¡quién ha dicho, en cada momento, la palabra de la situación? No hay liquidación sin liquidador. Venga D. Paco á liquidarnos. Amigo del Papa, amigo del Nuncio, compadre de Pidal, jefe de Villaverde, caudillo de los niños góticos, restaurador del viejo moderantismo devoto y gázmoño, ¡quién más á propósito para traer á España los gérmenes de nueva vida que el insigne protegido de D. Arsenio?

**Un romerista.**—¿Que de dónde venimos? De todas partes. ¿Que adónde vamos? A cualquiera. Somos los hombres de empuje, la gente de acción, los políticos de cuidado. ¡Mucho ojo! España no se salvará sin nosotros. Ahora que va á haber paz, hacen falta los hombres de guerra.

**Uno del Sepulcro.**—¡Ah, si volvieran los muertos! ¡Ah, si la tumba soltara su presa! ¡Ah, si levantara la cabeza el difunto! A falta de ella, nosotros, fieles á la religión de la muerte, cumpliremos la voluntad presunta del finado poniendo á nuestro frente á Tetuán que es hombre de puños.

**Un p. laviejaista.**—¿Quién puede salvar la patria sino el general cristiano, casi héroe de Parañaque, que casi venció á los tagalos? Confiérase á ese casi César una casi dictadura, y casi nos regenerará. ¡Dios lo quiera y Santa Lucía bendita!

**Un carlista.**—¿Qué esperamos? Las manos se me van tras del trabuco y siento hormigüillo en las piernas. ¡Malditos de Dios, amén, Cerralbo y los ojalateros! Si el Señor no nos da pronto la orden de salir al campo, ¡qué va á ser de España? ¡Cuándo verá restaurados los gloriosos días de Carlos II, Carlos IV y Fernando VII? Lo que España necesita ahora es otra guerra civil. Sin eso, ¡adiós honor, adiós regeneración de la patria!

**Un noceadino.**—Por masones, por liberales, por herejes, nos castiga Dios, valiéndose, como instrumento, de los yanquis, más herejes, más masones, más liberales que nosotros. ¡Inexcrutables designios de la Providencia! Dios condena en España lo mismo que protege en América. Inclínemonos ante sus fallos, reconociendo que si no volvemos á restaurar, desde la ronda de pan

y huevo hasta la Santa Inquisición, nuestras venerandas tradiciones, estamos perdidos. Nunca más el caballo de Santiago se interesará en nuestro favor.

**Un republicano.**—Me asombra que la montaña no haya venido aún á nosotros. ¿Qué aguarda el país para entregársenos? ¿Qué mayores garantías podemos ofrecerle? Partido serio, compacto, disciplinado, unánime en sus soluciones, rebosante de fraternidad, regido por hombres á quienes hemos llenado de prestigios, hénos aquí prontos á hacer efectivas desde el gobierno las esperanzas que despertamos en veinticinco años de enérgica y discreta oposición. La opinión se habrá vuelto loca si no nos llama.

**Un dictatorial.**—Aquí falta mucho palo, y caiga el que caiga.

**Un socialista.**—¡Si gobernara Pablo Iglesias!

**Un novador.**—Vida nueva, hombres nuevos, nuevos procedimientos, nuevas soluciones: esto es lo que se necesita. ¿Cuál es esa nueva vida? ¿Dónde están esos nuevos hombres? ¿En qué consisten esas nuevas soluciones y esos nuevos procedimientos? No lo sé; pero siento hambre y sed de renovación.

**Un regionalista.**—Nuestros males cesarán cuando cada región tire por su lado y cada comarca haga un sayo de la capa nacional. España se habrá salvado entonces... si es que queda España.

Así se explican los galenos, y la patria, como Tiberio, se muere mientras ellos disputan. Y es que aquí se cumple al pie de la letra el conocido apotegma que dice: «Quien tiene un médico, tiene médico; quien tiene dos médicos, tiene medio médico; quien tiene tres médicos, no tiene médico.» ¿Qué será del que tiene trescientos!

ALFREDO CALDERÓN

## SAGASTA EN LA CAMA

Pues señor, no puedo conciliar el sueño. Estoy así como desasosegado é inquieto... ¡Claro, después de haber oído hablar por espacio de dos horas á Silvela! No hay quien resista tanta elocuencia. Me siento abrumado... ¡Oh, la verborrea, que diría mi amigo el doctor Pulido!

¿Qué hora será? Lo menos la una.

«Serenó que pasa dime qué hora es, si ha dado la una, las dos ó las tres...»

¡Sigo en mi empeño de hacer citas clásicas! ¡Y que rabie de celos Gamazo! ¡El, que no sabe hablarnos más que del interés compuesto!

Pues señor, la madeja se enreda. No puedo convencer á Veragua de que no sea tonto. Y en cuanto á Urzáiz... Ese es otro que tal. ¡Podía continuar escribiendo artículos para *El Correo*!

Y los obispos siguen empeñados en darme un disgusto. ¡Si yo me atreviese á calarme otra vez el morrión! Porque á este pueblo lo que le hace falta es mucho himno de Riego, y dejarle gritar un poco ¡viva la libertad! y otro poco ¡abajo los Consumos!, y ya todo el mundo tan satisfecho y tan tranquilo.

Esa gente de la Iglesia es insaciable. Debían de estar adorando como si fuera yo el propio Nocedal. Pero no hay modo de tenerles contentos. Por protestar, hasta protestan de la inofensa circular de González, dejándoles la frontera libre.

¡Cuidado que me han dado disgustos con los tales jubileos!... ¡Si yo fuese capaz de tener carácter cuatro veces en la vida!... ¡Vamos, que les iba á decir cuatro frescas á esos prelados! Señor, ¿qué quedará?, como decía aquel clásico del toreo.

Cada vez se va poniendo más difícil el oficio de jefe de gobierno. Todos son á molestarle á uno. Ya no hay consideración, ni respeto, ni... ¡Cuidado con la poca aprensión de Romero al aconsejarme que me retire con mis laureles... de Cuba y Filipinas! Eso quisieran ellos, que me fuera. ¡Pero están verdes! ¡A pesar de todo, voy muy á gusto en el machito! ¡Conque, fastidiarse, amigos!

Y sigo sin poder atrapar el sueño.

¡Y pensar que ahora dormiré tan tranquilo ese majadero de Silvela!... Luego dicen que yo no me preocupo de nada y que todo lo resuelvo con rascarme la barba. No, pues ahora voy á rascarme en otra parte... ¡Y que hagan los comentarios que quieran los maliciosos!

¡Las dos! Acaban de dar las dos. Voy á pensar en algo agradable á ver si me duermo. ¡Pero hay tan pocas cosas agradables en el mundo! Pensaré en el último discurso de Moret...

Mis párpados se cierran...  
¿Qué sucede?  
¡Es D. Segis que habla!

(Se queda profundamente dormido. Y ronca.)

## Carta de un labrador

A SU EXCELSO PATRONO

«San Isidro: ex labrador de este desdichado suelo. Gloria única.—Quinto cielo de la derecha.—Interior.

Caro Isidro: En ti confío, y á ti mi acento levanto: ¡ni la paciencia de un santo me basta ya, Santo mío!

No consigo que mi queja oiga el gobierno indolente, y voto piadosamente contra el arado y la reja.

Aunque hay diarios alborotos y votando el día paso, los ministros no hacen caso ni de rejas ni de votos.

¡Qué feliz, antiguamente, labrabas con santo afán! Tú te ganabas el pan con el sudor de tu frente.

Con la holganza siempre en guerra, la cosecha era tu anhelo.

¡Dándote lluvias el cielo te daba granos la tierra!

Sin apurarte jamás, seguías el surco amante, con la esperanza delante y con los bueyes detrás.

Hoy, al romper los terrones, lleva mi suerte mezquina, delante, el hambre y la ruina; detrás, las contribuciones.

¡Hoy, un impuesto traidor á perecer nos obliga, y antes que grane la espiga la siega el recaudador!

Castilla, esquilmada y pobre, perdió su rico tesoro.

¡Los rubios campos de oro apenas son ya de cobre!

La cosecha desigual merma y resistir no puedo. ¡El trigo sale con miedo al *recibo trimestral*!

El que siembra es un bolonio, pues, dicho para *inter nos*, aquellos *trigo de Dios*

hoy son *trigos del demonio*.

La cosa está ya tan mal, labrador santo y bendito, que me hace poner el grito en la Corte celestial.

Hijo humilde del trabajo, en ti mi esperanza estriba.

¡Comunicale al de arriba lo que pasa por *abajo*!

Yo ya expuse mis razones por correo, en un oficio; pero anda mal servicio de las comunicaciones.

De Dios la indulgencia es harta, y á El mi carta dirigi;

mas, según por lo que vi, Ni Dios recibe una carta.

Que yo me queje es en vano, y á un Santo tal vez le atienda.

¡Ponle al ministro de Hacienda siquiera un *Besa la mano*!

Suplica en nuestro favor, á ver si algo el ruego alcanza, ¡que está muy mal la labranza, San Isidro Labrador!

¡Si un consuelo no me das, vendo tierras y graneros; vendo mulas, vendo aperos, me suicido, y no *aro más*!»

## AÚN NOS QUEDA OTRA

En Valdezotes hay pasión por las frutas. Carecen de ellas; la tierra no tiene aguas, y no hay huertos; además, llueve tan poquito que la diputada escribía á su esposo: *este pueblo se moja lo suficiente para plancharlo; pero no se lava nunca*. En cambio hay mucha piedra y buena; singularmente pedernal. También la diputada decía: *aquí los pedriscos dan chispas y los hombres las toman*. Aquella era mucha mujer (98 kilogramos, neto).

Pues á Poli, que es un hombre muy de bien, de Tostá de Abajo, y muy hormiguista para su casa, se le ocurrió ir á Valdezotes con una carga de peras, y volverse cargado de pedernal: negocio único.

Un día se presentó Poli á vender su fruta, que daba gozo de verla, y en seguida le rodearon los muchachos y las comadres.

—¿A cuánto?

—A tres.

—Pues, hijo, ¡ni que cada pera tuviese un brillante!

—Ofrezca usted.

—A uno.

—A dos.

—A uno y medio.

—A dos, lo último.

—Y tienen cara de duras.

—Manando agua: pruébelas usted.

—Las probaré.

—¿Qué tal?

—Asperas; ¿quiere usted á uno y medio?

—Lo último, á dos.

—Pues no son para mí.

Pasaba el tiempo, las peras desaparecían y Poli seguía sin vender. Las probaron el alcalde, los concejales, el juez municipal, los alguaciles, los secretarios, los médicos, los boticarios, el albéitar, la comadrona, los sangradores y el matarife; porque todos ellos están interesados directamente en la higiene pública. Por caridad las probó el clero; á la fuerza las probó la fuerza armada; las probaron todos los tenderos constituidos en Cámara de Comercio en la acera del sol; todos los artesanos con pretensiones de burgueses, y todos los gañanes con pretensiones socialistas, los ancianos de respetables greñas blancas, y los niños de inocentes moccos verdes; hasta los maestros elementales que son lo único elemental que se conoce.

Y Poli procuraba consolarse creyendo que aquello sería el reclamo del negocio, y que al día siguiente vendería á tres toda la fruta que trajese. Pero sudaba de ira cuando llegó D.<sup>a</sup> Remedios, jamona bajita, regordeta, que tiene amigas forasteras que la visitan á menudo, y que ha sabido ponerse bien con todos en Valdezotes.

Se acercó al serón D.<sup>a</sup> Remedios, y la detuvo Poli diciéndola con rabia:

—¡No toque usted la última pera!

—¿La última?... ¡Yo!... Es usted un grosero.

—Y usted, una más.

Intervinieron el pueblo, la clase media y las clases privilegiadas. Todos declararon contra él, porque todos decían: *no cayan las gentes á creerse que le defiende por la fruta que he comido*. Y el infeliz fué procesado por escándalo público, expiación de alimentos nocivos y de moneda falsa, lesa majestad, estupro y corrupción de menores. ¡Pobre Poli!

Afortunadamente, aún queda un Tribunal Supremo, que es lo único que en España se llama supremo (y merece ese nombre); y Poli volvió á su aldea, libre, flaco, viejo y aleccionado por la desgracia y por sus compañeros de prisión.

A la madrugada cargó un macho con diez arrobas de peras, y se fué á venderlas á Valdezotes.

Sea porque en ausencia de Poli no hubiese ido ningún hortelano, y el pueblo estuviese hambriento de fruta; sea por reparar el agravio anterior; sea por la actitud resuelta del frutero, ó sea por lo que fuera; es ello que la gente acudió á comprar y Poli gritaba:

—¡A cuatro! ¡A cuatro! ¡Aún me queda otra!

Vendió toda la mercancía; prometió volver (lo que no hizo); y cuando, montado en el macho, salía de la posada hacia la carretera, gritaba:

—¡Aún me queda otra!

Y la verdad es que había hecho de tripas cora-



# DON QUIJOTE



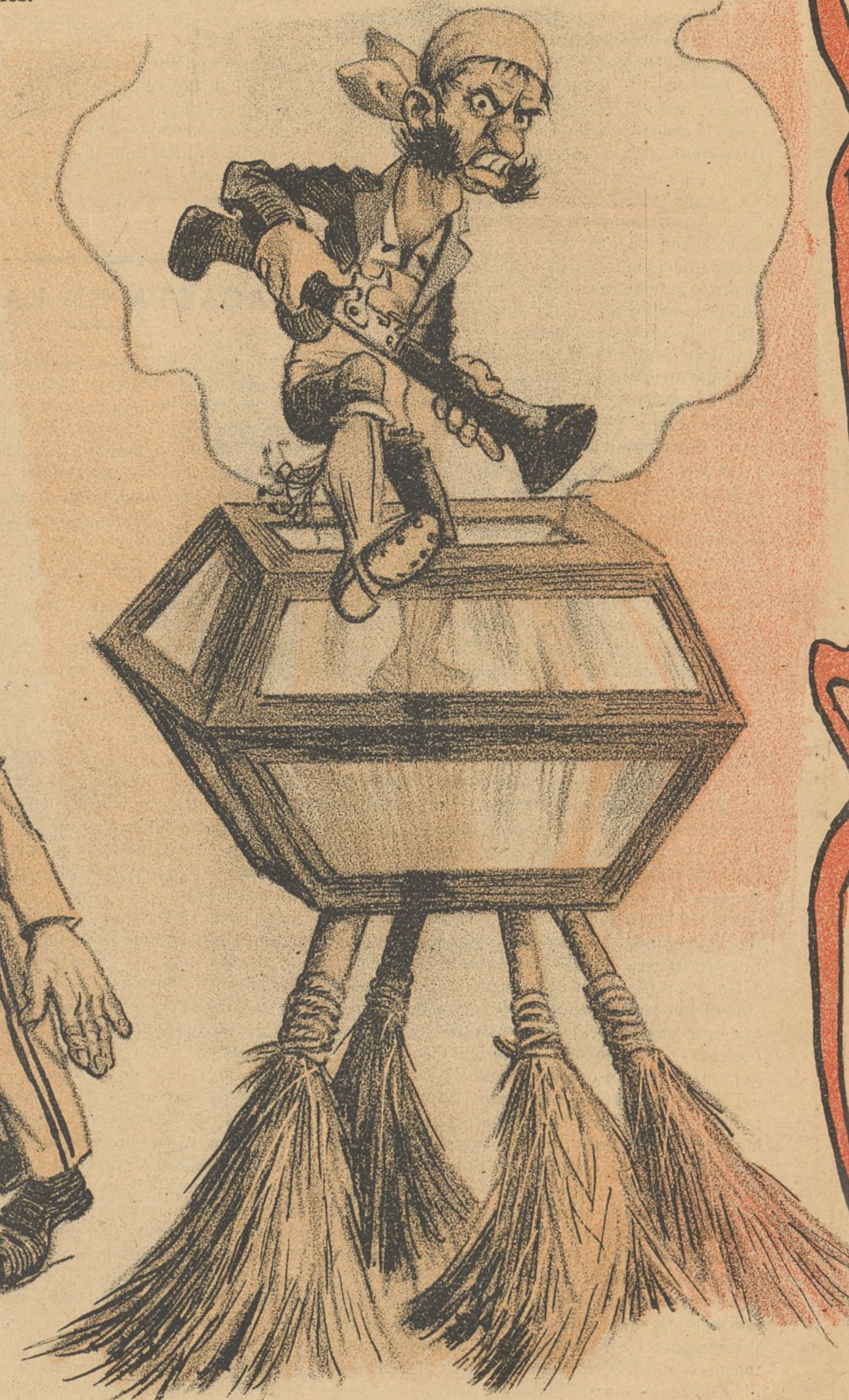
Hombre al agua, ó el triste fin del duque de Veragua.



González.— Digan lo que digan, yo niego eso de la invasión de los frailes.



¡Al higuil! ¡Al higuil!  
con la mano no,  
con la boca sí.



Las elecciones municipales.  
Lo que saldrá de las urnas.

## CONCURSO DE «DON QUIJOTE» LOS NIÑOS BONITOS



Romero: Sigue siendo  
el pollo de Antequera.



Duque de Tetuán: Echando los dientes.



Villaverde: Once cumplidos.



Duque de Almodóvar: ¡La edad del pavo!



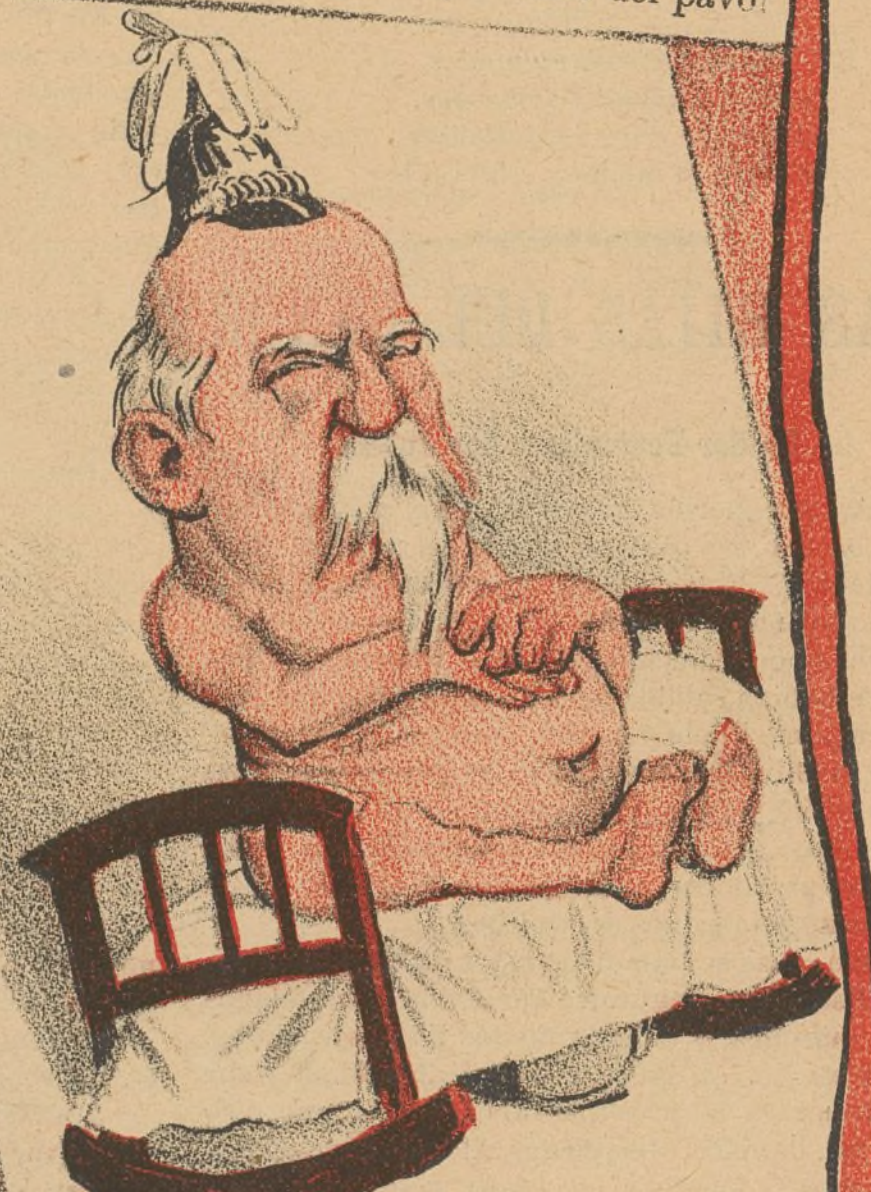
Dato: Frisa en los trece.



Romanones:  
Haciendo pinitos.



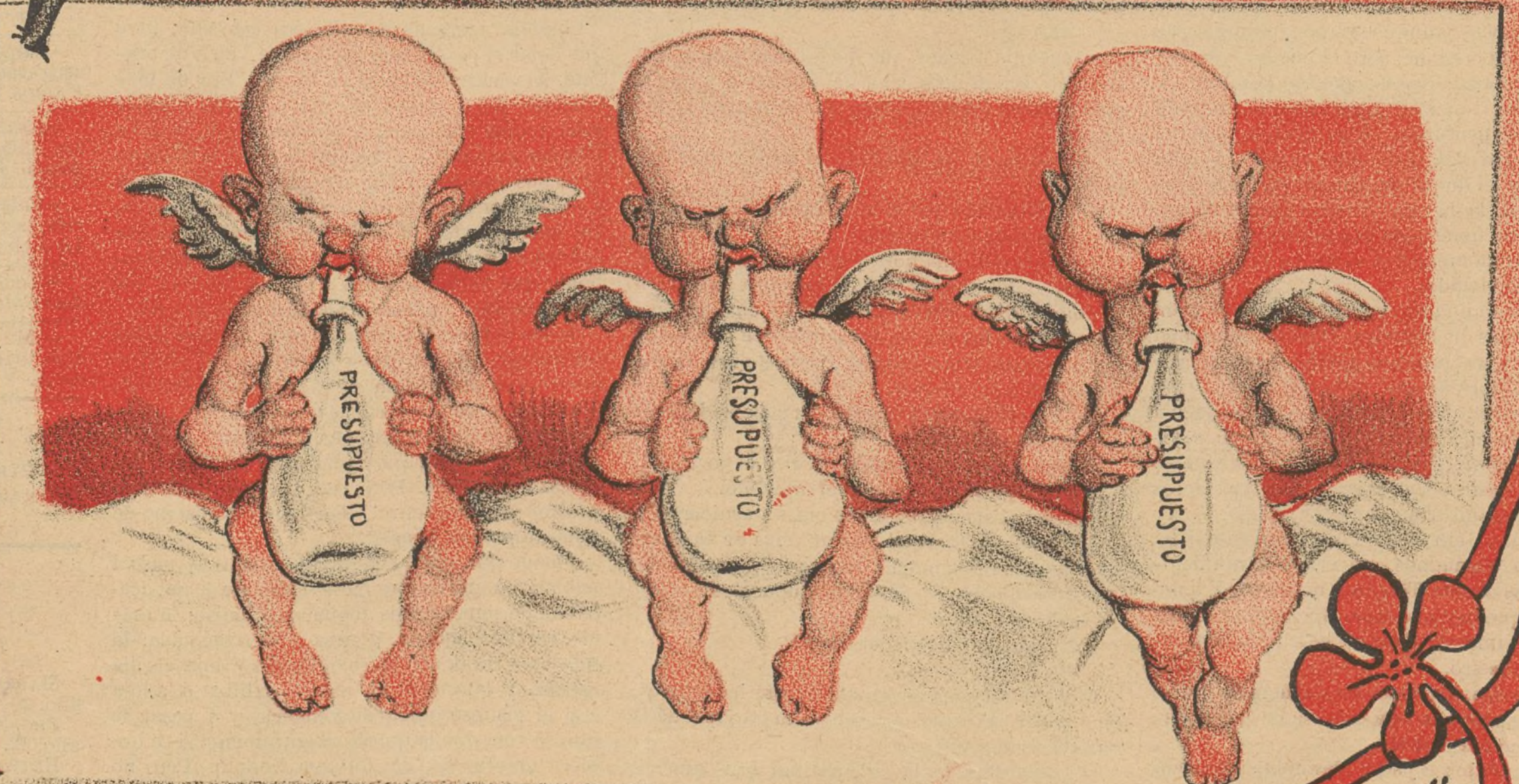
Urzúa: Me ando en la aritmética.



Azcárraga: Va con el siglo (pasado.)



Silvela: Recién desretado.



Vernos sin edad, saber ni gobierno. (Fuera de concurso.)





zón, y, á pesar de su frescura durante la venta de las peras, otra le quedaba en el cuerpo.  
Imitemos á Poli y que nos oigan gritar así:  
— ¡Señores gobernantes: las peras á cuatro!  
¡Aún nos queda otra!

SILVERIO LANZA

## QUISICOSAS

Una ráfaga de aire al de Veragua  
la gorra de almirante le echó al agua.  
— ¡La gorra nada más!

— ¡No, caballero!  
La gorra de almirante y dos sombreros.  
Para hacer objeciones  
hay que tentarse antes los galones.

En el carro de los muertos  
ha pasado por aquí.  
Llevaba los cuernos fuera  
por eso lo conocí (1).

Dicen que Polavieja  
se rasca por las noches una oreja,  
y en cambio Villaverde  
no se rasca jamás, sino se muerde.  
Porque después de todo,  
cada cual mata pulgas á su modo.

Anda diciendo tu madre  
que no me quiere por pobre.  
¡Pues me haré conservador  
y verás si me hago un hombre!

## LAS HIJAS DEL SEÑOR

De Sor Petronila á Sor Juana.

«¡Ay mi querida hermana, estoy apenadísima con las noticias que me vienen del mundo! ¡Si tú supieras!... El pecado se extiende por la tierra como mancha de aceite. Ya no podemos creer en nadie. Anoche he soñado que al marqués de Pidal le habían salido cuernos como á Lucifer. Azcárraga me huele á azufre, como si fuera el demonio. Silvela tiene aspecto de condenado. Y en cuanto á Villaverde... ¡si le hubieras visto como yo el rabo!... Créelo: querida hermana, ya todos somos pecadores, todos somos liberales, desde Nocedal al marqués de Vadillo.

¡Qué cosas se han dicho estos días en las Cortes! Estoy por asegurarte que todos los diputados son masones, ó cuando menos librepensadores. Figúrate que un tal Alba se ha atrevido á pedir la reducción del presupuesto del clero; que otro que tal, llamado Melquiades Álvarez, ha defendido la revisión del Concordato, y que en general todos los oradores que han hablado estos días en el Congreso se han mostrado partidarios de la destrucción de la Iglesia y del exterminio de los pobres siervos del Señor.

No quiero decirte nada de la actitud del gobierno ante los desplantes de los señores librepensadores. ¡Qué razón tiene el padre Enrique cuando asegura que éste es un ministerio de impíos y de ateos! ¡Tú conoces, aunque sea por retrato, á Sagasta! ¡Dios me perdone; pero el mismo Satanás, me parece menos horroroso que ese hombre! ¡Y el tal Alfonsito González! Figúrate que tiene toda la cara de un centurión. Y no te digo nada del marqués de Teverga. Ese, si no es judío, le falta poco. ¡Pues y el duque de Almodóvar! ¡La propia estampa de la herejía! Te digo que es un ministerio que no tiene nada que perder. ¡Vaya una colección de fenómenos! Lo que es por bonitos no los habrán elegido...

Pero la Iglesia no está desamparada como piensan esos herejes de liberales. Dios no abandona á los suyos; y los piadosos prelados que toman asiento en la alta Cámara, volverán por los fueros de la verdad y de la justicia atropellada, así ésta como aquella por los Satanes que nos gobiernan. ¡Quieren guerra! ¡Pues á ella vamos! Estamos dispuestos, si es preciso, los verdaderos católicos, á organizar una nueva Cruzada. Y, ¡ay de los liberales! entonces. Cada convento será una fortaleza. Contamos con armas y municiones. Tenemos dinero. Tenemos hombres. Y tenemos todo lo que hay que tener. Incluso... riñones que dicen los impíos. Conque el triunfo será seguramente nuestro.

Adiós, querida hermana en Jesucristo; no te molesto más, pero que esta carta te sirva de aviso por lo que pudiera ocurrir.

Da mis recuerdos al padre Manuel (¡sigue siendo para ti tan bueno como antes!)

Te quiere como siempre tu hermana en el Señor, Sor Petronila.»

(1) «¡Si será Muñoz!  
¡Si será Muñoz!»

## Los catarros del presidente.

Todos los hombres de Estado tienen sus tranquillos; desde el célebre paso atrás de Lagartijo al retruécano de Romero Robledo, pueden registrarse muchos y muy curiosos recursos para quitarse de encima los toros, las pulgas y los compromisos políticos.

Sagasta, el presidente del Consejo de Ministros, tiene, según el vulgo, la *querencia* al catarro.

Hasta tal punto está arraigada esta creencia en la generalidad de los españoles, que muchos de sus apologistas y biógrafos atribuyen la bondad de su carácter, la dulzura de su conversación familiar, á la gran cantidad de liquen y tólu que ha ingerido en su cuerpo para curarse los salvadores catarros.

— ¡De dónde creen ustedes que le viene á Sagasta ese temperamento conciliador y esa cachaza para contemporizar hasta con el mismo? ¡De las flores cordiales que ha tomado desde la publicación del manifiesto de Manzanares hasta la aparición de las traínas!

Con todos estos antecedentes ocurre que alguna vez que se acatarrara de veras no lo cree nadie, y nos ocupamos casi todos los españoles en echar el constipado de Sagasta sobre las costillas de cualquier político.

El último catarro, no se sabe á ciencia cierta si ha sido de los auténticos, con coro general de estornudos, ó si ha pertenecido á la clase salvadas ó salva obstáculos. Sea de la clase que fuere, afortunadamente ya está restablecido, porque en esta ocasión lo ha sudado con él el ministro de Hacienda.

En cuanto estornudó D. Práxedes, medio Madrid contestó: ¡Jesús! y en la portería de su casa hay más gente que si se sacara ánima del tintero que ponen para firmar las listas.

— ¡Cómo está D. Práxedes? pregunta uno, que acaba de firmar, á otro que baja de su cuarto.

— No sé qué contestar á usted.

— ¡Se le ha cerrado el pecho!

— ¡No sé nada!

— Entonces, ¿qué sabe usted?

— ¡Que me han cerrado la puerta!

Al poco tiempo baja otro, y los que hay en el portal lo rodean con cierta admiración y envidia.

— ¡Cómo está D. Práxedes?

— No está mal.

— Pero... ¿y el médico qué dice?

— Que no hay cuidado alguno, que en cuanto obre se restablece en seguida.

— ¡Ya lo decía yo! exclama uno, con aire de estar en todas las interioridades de Sagasta.

— ¿Qué ha dicho usted?

— ¡Que desde Febrero no ha hecho nada, y así no puede seguir D. Práxedes!

— ¡Ni nadie! ¡Eso debe de ser un fenómeno!

De pronto entra uno de la calle, y dando codazos se abre paso hacia la escalera.

— ¡Dónde va usted, Gutiérrez?

— A ver á Sagasta; vengo del Congreso de presepicar la paliza que le han dado á Urzáiz, y como me han dicho que D. Práxedes necesita calor, voy ha transmitirle algo del que he recogido en el salón de sesiones.

— ¡Pues suba usted en seguida, que esta es la hora del recargo!

Al poco rato baja Gutiérrez de casa del presidente, y quiere ganar la puerta de la calle por el mismo procedimiento que ganó la escalera.

— ¡Alto aquí!

— Déjenme ustedes, que me ha mandado el médico que traiga más calor del Congreso y que le pida á Moret los sinapismos que sobren en la discusión.

— ¡Pero no le ha mandado el médico más que eso!

— ¡Ha dispuesto que se le aplique una ayuda.

— ¡Con traína ó con jeito!

Transcurrida una hora y acabada la sesión del Congreso, los diputados de la mayoría se dirigen al domicilio del jefe del gobierno, y en cinco minutos llenan las manos del portero de tarjetas de todos los tamaños y colores, y con el pico correspondiente á la funerala.

Un diputado rural entrega su tarjeta doblada por las cuatro puntas.

— ¡Qué me da usted aquí!—le dice el portero.

— ¡Mi tarjeta!—le contesta el diputado.

— Usted, dispense, creí que era un cenicero.

Gutiérrez, el hombre de confianza de la familia, vuelve también del Congreso, con varias latas de escabeche y botes de presupuestos.

— ¡Ahí va Urzáiz!—dice uno.

— ¡En qué lo ha conocido usted?

— ¡En el olor!

Al poco tiempo, comienzan á bajar los íntimos, en cuyos semblantes se observa la fototipia de la alegría de la última serie.

Los que están en la calle asaltan bruscamente á los que acaban de salir de la casa de D. Práxedes, y todos confundidos se descubren y entonan un himno á la providencia y á los sudoríficos de la farmacia moderna.

De entre la multitud gozosa se destaca un Juan del Pueblo y pregunta al ya célebre Gutiérrez.

— ¡Ha hecho ya crisis el catarro?

— ¡Está usted loco! ¡Si el catarro ha sido para eso!

— ¡Para qué?

— ¡Para no hacer crisis!

E. LUQUE MÉNDEZ-VIGO.

## CONCIENCIAS CANSADAS

Salí del teatro, disgustado, triste, con el cerebro lleno de ideas negras. Tanta grosería, tanta bestialidad, molestaban. Me encontré en la calle. Era un anochecer de día de fiesta. El cielo estaba plomizo, llovía; como el barro sucio en las aceras, se iban formando en mi espíritu sedimentos de ideas turbias, precipitados negros, tan negros como el cielo y como la noche.

Las tiendas estaban cerradas; los tranvías regresaban hacia la Puerta del Sol, atestados de gente; había esa animación repulsiva del domingo, que tanto nos molesta á los que podemos salir durante toda la semana. Hasta en eso el hombre es egoísta: le desagradaba á uno la alegría estrépitos de la gente de las tiendas y de los almacenes.

Huyendo del alboroto me interné en callejuelas estrechas, andando al azar. No podía arrojar de la imaginación el recuerdo del teatro: oía los brutales chistes de la obra, transformándose en carcajadas al pasar por las cabezas huecas de aquella masa de imbéciles que formaba el público y veía á uno de los cómicos, un payaso de cara innoble, con el cuerpo rígido como un garrote, haciendo gestos y visajes, y dando gritos estridentes. Y, sin embargo, me habían dicho que era un honrado padre de familia, decente y digno; su mujer, una mujer de su casa, se ganaba la vida enseñando las piernas en el teatro, mientras él hacía payasadas. El dinero que iban reuniendo lo guardaban en el Monte de Piedad. Esto no sé por qué me parecía extraño.

Seguía andando al azar: cuando me llamó la atención el escaparate de una funeraria. Desde chico, siento una gran aversión por esas tiendas, y, sin embargo, excitaba mi curiosidad. Es un tráfico curioso el que se hace con los atavíos de la muerte, ¿verdad? Es intente una funeraria; parece un archivo, un museo de cosas lúgubres y grotescas al mismo tiempo. Se suelen ver en el interior ataúdes de todas clases y tamaños, como en las tiendas de ultramarinos las latas de conservas; luego, en el escaparate hay coronas blancas para niños, coronas negras para los hombres, angelitos en una postura académica, mirando melancólicamente un letrero que dice *Souvenir*, porque en España hasta los ángeles están traducidos del francés, y hay otras muchas cosas interesantes, cruces de mármol, adornos de azabache y además un farol sobre la puerta.

Después de mirar el escaparate, dirigí mi vista hacia el interior. En medio de la tienda, junto á la mesa, cosía una mujer joven; dos niños correteaban por allá y jugaban al escondite, ocultándose entre los ataúdes. Alguna zambra debieron armar entre los dos, porque el más pequeño comenzó á llorar y se acercó á la mujer. Esta dejó la aguja y la tela sobre la mesa y tomó al niño en brazos. Pude ver su cara, una cara morena, llena de energía y de bondad. ¿Cómo no le parecerá á esta mujer su comercio repulsivo?—me pregunté.—y no pudiendo darme á mi mismo contestación, seguí adelante.

Como la acera de la calle era estrecha, tuve que dejar el paso á una pareja que venía de bracetete. Al cruzar, los conocí á los dos. Era un matrimonio feliz: vivían en una continua luna de miel; tenían una casita de préstamos que les daba pingües ganancias, y después de pasar la mañana en sus negocios y ella arreglando la casa, iban á pasear por la tarde del brazo, tan enamorados, sin acordarse de la mujer del albañil, á la que habían dado dos reales por el empeño de unas sábanas que valían sesenta. ¡Y éstos tendrán remordimientos!—pensé—. Seguramente que no.

Se me ocurrió ir á cenar al café. La casa debía estar triste. Un cura que se sentaba en mi mesa se acercó y se puso á tomar café á mi lado. Empezó á hablarme de las partidas de tresillo que jugaban en casa de unas amigas, y concluyó por declarar, entre risas, que andaba tras de una de las chicas de la casa. Pero este tío, ¿no tendrá un adarme de vergüenza! algo como un asomo de remordimiento? pensé.

Viendo que estaba distraído, el cura se puso á hablar con uno de otra mesa. Enfrente de mí, acababan de sentarse dos abonadas á diario; la madre era una lagarta, gruesa y amazcotada; la hija, una rubia con los ojos azules y una carilla ojerosa y lánguida. La madre exhibía á la hija con el piadoso objeto de venderla, y á pesar de esto se veía que la quería. Seguramente si se hubiera muerto su hija hubiera llorado. ¡Pero no tendrá alguna cosa como conciencia esa mujer?

Desearé olvidar el tema desagradable de mi pensamiento, abrí una ilustración, y lo primero que me apareció fué el retrato del general\*\*\*.

¡Ah! el general. Recuerdo haberle visto pasearse con sus nietos, y en seguida se presentó á mi

imaginación la siguiente pregunta: ¿le recordará la conciencia á este hombre por los soldados que ha enviado á morir á tierras lejanas? A juzgar por lo sonriente del retrato no debía recordarle ni poco ni mucho.

— Pero aquí nadie se arrepiente de nada—murmuré yo indignado.

— ¡Caramba!—dijo el cura interrumpiéndome— ¡Caramba! Hoy viernes de Cuaresma y he tomado café con leche. ¡Qué atrocidad!

Vamos, ya había uno que se arrepentía de algo. Salí del café pensativo. El cómico, el de la funeraria, el prestamista, el general, el cura; todos me parecían sin conciencia y, además de éstos, el abogado que engaña, el comerciante que roba, el industrial que falsifica, el periodista que se vende... y, sin embargo, pensé después, toda esa tropa que roba, que explota, que engaña y que prostituye, tiene sus rasgos buenos, sus momentos de abnegación y sus arranques caritativos. La verdad es que, semi-ángel ó semi-bestia, el hombre es un animal extraño.

PÍO BAROJA

## LIBROS

*La alegría de amar.*—Con este título, acaba de publicar la casa editorial Lezcano y C.<sup>a</sup> una novela de Tomás Orts-Ramos, un libro moderno, lleno de intensidad y de vida, en el que una vez más el notable escritor hace gala de sus dotes de psicólogo sutil y de estilista.

No es, como el título parece indicar, una novela en que el amor ligero y momentáneo sea el asunto; es la historia de una pasión, en la que se revela un alma moderna con todas sus complejidades, todos sus anhelos y todas sus tristezas.

En una palabra, se trata de un libro serio, de la obra de un artista y de un literato, que merece la atención del público inteligente.

La parte material, elegante y de buen gusto, es una prueba más de los deseos que animan á los editores Sres. Lezcano y C.<sup>a</sup> en favor de la literatura patria.

La casa editorial «Obras de autores célebres», ha publicado los nuevos siguientes tomos: *La virtud en la deshonra*, *La señorita de oro* y *La pequeña emperatriz*, de Catulo Méndez; *A orillas del mar*, de Emilio Zola, y *Placeres desconocidos*, del Dr. Moorh.

Estos libros se hallan de venta en todas las librerías al ínfimo precio de 75 céntimos, y en el centro editorial, Pizarro, 13, donde se facilitan catálogos de las demás publicaciones hechas por la casa de «Obras de autores célebres».

Pérez Mateos (más conocido por el seudónimo de *León Roch*), ha publicado una hermosa novela, titulada *Los tristes destinos*, que yo pondría, no ya sobre mi cabeza, sino sobre la cabeza de todo el aréopago académico.

Si Pérez Mateos, que es muy joven, al crecer en años crece en talento, va á llegar á la altura de nuestros grandes novelistas.

Que así sea es mi deseo.

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

¿Qué mano más aristocrática! ¿Qué mano más fina!—¿Cómo que compro los guantes en casa de G. Zurro, Carretas, 14!

—Napoleón en la batalla de Jena: «¡Soldados, aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla*, 13!

—¿Quién fué el fundador de la *Bodega del Jaltón, Caballero de Gracia*, 56?—¡Eso no se pregunta! ¡El propio y acreditado Noé!

—Caballeros, hay que desengañarse, la mejor relojería de Madrid es *La Hora, Fuencarral*, 23. Lo dicho, dicho, y el jaco en la puerta.

—Todo el Madrid *chic* lo dice: Para guantes *Las Calatravas, Alcalá*, 25. ¿Se enteran ustedes?

—¡Me río yo de los grandes almacenes de muebles de París! Para gusto, elegancia y arte la casa de *A. Vallejo, Alcalá*, 17.

### CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102 y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.